Adverbios en -mente (3) Adjetivos (62) Repeticiones Totales (55) Rimas Parciales (51) Dobles Verbos (0) Pretérito Perfecto Comp. (0) Ortografía (0)

Gramática (0)

Funcionalidades y Colores:

Tan fácil que es dejar de existir César Alejandro Obregón Guzmán

Mientras camina por la calle no deja de mirar al pavimento, ve sus zapatos, anda con seguridad la misma ruta de todos los días, no necesita mirar al frente, su cuerpo sabe dónde librar el hoyo, subir la escalera, dar la vuelta para entrar al andén del metro. Nota que el vendaje de su tobillo izquierdo se aflojó y está revelando la úlcera excavada en su piel terrosa. No puede parar en este momento, lleva cargando dos maletas llenas con bolsas de líquido de diálisis y una mochila con algunas compras. Podría parar, pero después no tendría las fuerzas para reiniciar la marcha. Parar. Y el dolor de las rodillas, el ardor de la espalda, el hormigueo de las pantorrillas, se hacen conscientes. También nota su ropa interior mojada, le preocupa el olor de la orina, olvidó ponerse el pañal.

- Doña Jovita, buenos días, ¿cómo está?, ya tiene días que no la veía oiga... viene bien cargada, mire nomás, ¿ya va de regreso a su casa?

 Detiene la marcha al escuchar la voz de la tamalera, duda unos segundos y baja la mochila y las bolsas, dejándolas a su lado. Ve cómo le regresa el color a las puntas blancas de sus dedos.
- Tenga unos tamalitos para su chamaco, ándele.
- Gracias, doña no le interesa responder a las preguntas, toma el paquete, lo guarda en una de las bolsas y esboza una sonrisa fracturada.
- Entonces qué, Jovita ¿cómo está su muchacho? antier me dijo la Yola que ya tiene rato que no ve internado al Javi, se lo encontraba muy seguido en el piso cuando hacía sus rondas, que por cierto, ya se tituló de enfermera, usted cree.
- Sí, pues ahí está, <u>días buenos</u> y <u>días malos</u> acari<u>cia</u> con persisten<u>cia</u> las a<u>sas</u> de las bol<u>sas</u>.
- Ese Javi, pobrecito, tan jovencito y ya bien malo de los riñones... oiga, y su viejo, ¿ya nunca regresó verdad?
- No, Meche, pero pus ya pasó mucho tiempo...
- Pues sí..
- Bueno, muchas gracias por ...
- Oiga que dicen que es bien difícil eso de la diálisis verdad, la hija de mi vecina, la Petra, la que luego andaba por acá con el catálogo de los perfumes, pos ella mera, pues que dice que desde que le empezaron eso de la diálisis a su niña nomás fue para irse para abajo hasta que se murió...

Jovita se alejó con sus pensamientos mientras Meche hablaba. Una esfera vacía en su estómago reventó hacia su lengua, estrellándose en las coronas de los dientes. Hambre.

- ... y me dijo que todo su poquito dinero que tenía ahorrado se le acabó, le tuvieron que prestar para la caja y el velorio... sí marchanta, sí hay, aquí van dos de mole y tres de rajas, son ochenta y cinco pesos, doñita...
- Bueno Meche, ya no le quito más su tiempo verdad, muchas gracias por los tamales, luego la veo se agacha para tomar las bolsas, pero no encuentra nada
- Mis bolsas
 voltea a derecha e izquierda, con los brazos caídos.
- Ay no me diga que le robaron lo que traía, ¡pinche gente ratera! gritó hacia la calle, llamando la atención de la gente que pasaba ay Dios mío, y ora para saber quién fue el ratero...

Jovita nota que miradas hacia ella van y vienen. Toma la bolsita con dinero que trae en el canalillo del sostén, diez pesos le quedan.

- Mire, le doy estos otros tamalitos aunque sea, ay Jovita.
- Sabes, Meche, tan fácil que es dejar de existir sus ojos se vuelven espejos de agua.
- No se acobarde, Jovita, échele ganas.

Echarle ganas. Desea vaciar la olla de tamales hirviendo en la tal Meche. Pero una sensación nueva la distrae de esa idea, una ligereza que no había sentido desde hacía mucho tiempo.

- Pues es que es muy <u>fácil</u>, Meche y se dio cuenta de que estaba sonr<u>iendo</u> tan <u>fácil</u> como <u>aventarse</u> hacia ese tráiler que está pasa<u>ndo</u>, o <u>aventarse</u> de un lugar bien <u>alto</u> y ya, eso es todo dejó los tamales en la mesa donde reposaban las ollas.
- Jovita, no diga eso, deme unos días y le junto algo aquí entre los que vendemos para que recupere algo...
- No tenga cuidado, Meche. No creo que pueda comprar las bolsas de diálisis que traía.
- Vaya corriendo a la clínica, dígales lo que le pasó y chance se las vuelven a dar.
- Nos vemos Meche, gracias.
- Pérese Jovita, ¡se le olvidan sus tamales!

Camina hacia la estación del metro que se encuentra a dos cuad<u>ras</u>, baja las escale<u>ras</u> con dificultad, dejando atrás el ruido de las voces y los motores. En un inicio se le hizo <u>extrañísima</u> la ause<u>ncia</u> del <u>peso</u> de las bolsas, pero ahora puede hacerse <u>consciente</u> del <u>peso</u> de sus brazos y sus pisadas, se toma los codos con ambas manos y mira <u>fijamente</u> la luz del tren a la dista<u>ncia</u>, escucha el <u>inconfundible</u> ruido de su andar, una navaja que cada vez se acerca con <u>mayor</u> velocidad, que podría cortarlo todo.

■ Una ayudita por el amor de Dios.

Jovita voltea y ve a un hombre delgadito y sucio que la mira con atención.

- Una ayudita, para un taco.
- Tenga saca los diez pesos de su bolsito y los echa en el bote que le extiende el hombre.
- Muchas gracias doñita, Dios la bendiga se aleja encorvado.
- ¡Jovita, Jovita! <u>grita</u> Meche a lo lejos, bajando las escaleras del andén qué <u>bueno</u> que la alcancé Jovita, me avisó la Yola que su muchacho está <u>internado</u>, el vecino se lo trajo, dice que lo oyó <u>gritar</u> y lo encontró muy mal, muy <u>pálido</u> y no podía respi<mark>rar</mark>...
- Ajá dijo, sin ninguna inflexión.
- Ay, Jovita toma su hombro e intenta recupe<u>rar</u> el aliento me da mucha pena, no sé cómo decirle, ya no llegó con vida, el Javi se nos fue saca una servilleta del bolsillo de su suéter para secarse las lágrimas.
- Gracias Meche.
- Jovita, lo que necesites, ay, cuánto lo siento toma un brazo de Jovita y le da un apretón.
- Gracias dice sin emoción, se acerca lentamente hacia el borde del andén, pasando la línea amarilla de seguridad.

Otro tren se acerca, el filo de la navaja brilla en la oscuridad del túnel.

■ Vamos al hospital, yo te acompaño, ya dejé encargado el puesto.

Jovita se da la vuelta, liberándose de la mano de Meche, cierra los ojos un momento, y avanza con seguridad hacia adelante.

El tren ya abarca toda la longitud del andén. Ya adentro nota que, milagrosamente, hay un asiento libre. Ve por las ventanillas cómo las siluetas de las personas, los autos de la calle y los edificios dejan de existir en una barra formada de múltiples líneas veloces. Ya no tiene hambre.